

Niubó (en *Sefarad*, XXI (1961), págs. 58-64), según el cual, el mallorquí Juan Colom sería el verdadero descubridor del Nuevo Mundo, suplantados su nombre y su patria por razones políticas y religiosas. Destacamos también los títulos *La contribution des juifs séphardis à la littérature hébraïque d'Eretz-Israel*, por Isaac R. Molho y *El judío sefardí en la novela española: Blasco Ibáñez, Concha Espina, Azorín*, por Rafael Pérez de la Dehesa.

El cuerpo de redactores y colaboradores de *Tesoro de los judíos sefardíes* está constituido por figuras de primera categoría entre los escritores judíos contemporáneos, como el propio Director, cuya venida a Colombia se ha estado gestionando, hasta ahora sin éxito, pero que deseamos pronto pueda ser realizada; como el doctor Isaac Ben-Zvi, lingüista y filólogo eminente recientemente fallecido mientras desempeñaba la primera magistratura de Israel, y como los señores Nehemia Allony, Sam-Levy, David Gonzalo Maeso, etc.

La revista cumple una importante función de difusión cultural y vinculación de los sefarditas al mundo hispánico, que es el suyo por lengua y tradiciones, y proporciona útil material para los investigadores que se interesan en el conocimiento del judeo-español, el más vivo testimonio de la vitalidad de nuestra lengua a través de tiempos y fronteras.

RAFAEL TORRES QUINTERO.

Instituto Caro y Cuervo.

El *Gran diccionario de la lengua italiana* de SALVATORE BATTAGLIA.

La historia de la lexicografía italiana ha tenido, como es bien sabido, más de una peripecia a través de los tiempos: desde la del Diccionario de la Academia de la Crusca, que no pasó de la letra O (y cuya quinta edición, en diez volúmenes, necesitó para su publicación todo el largo espacio de tiempo que medió entre los años 1863 y 1923), hasta la del vocabulario de la Real Academia de Italia que se quedó en el primer volumen al comenzar la última guerra mundial; y todavía no se ha decidido la antigua y gloriosa Academia de la Crusca a reanudar los trabajos en este sentido.

Salvatore Battaglia, cuyo nombre es bien conocido en Italia y en el extranjero por sus estudios de amplia visión referentes a todo el vasto campo de la filología y de las literaturas romances, desde la provenzal hasta la española, ha osado en cambio (de acuerdo, evidentemente, con Diderot que decía que "si le dictionnaire se fait bien, ce sera par un seul homme" y con Croce, según el cual, un vocabulario debe ser "obra de un individuo que se enamora de ella y la acaricia y la cultiva y la fecunda") afrontar, él solo, una empresa como para hacer

temblar "venas y pulsos", asumiéndose explícitamente la responsabilidad de cualquier posible deficiencia, incluso por lo que se refiere a la cooperación de los redactores, revisores y colaboradores que, naturalmente, contribuyen, bajo su dirección, a la realización de la obra. Es decir, se ha decidido a la preparación y a la publicación de un *Gran diccionario de la lengua italiana*.

La casa editora que ha asumido el compromiso de esta obra, ha querido darle un carácter simbólico emprendiendo su publicación como conmemoración del primer centenario de su propia actividad editorial. Se trata de la U.T.E.T. (Unione Tipografico-Editrice Torinese) de Turín que, con la obra de Battaglia, quiere celebrar dignamente también el centenario del famoso y siempre fundamental *Diccionario de la lengua italiana* de Niccolò Tommaseo (y de Bernardo Bellini) que dicha casa editora publicó hace ahora aproximadamente un siglo cuando la proclamación del Reino de Italia en 1861. Y con este centenario coincide también, por feliz circunstancia, el milenario de los primeros documentos en lengua italiana: las *Carte campane*. En una palabra, todo venía a contribuir para que la ardua empresa de Salvatore Battaglia asumiese (y no sólo por el esfuerzo que cuesta una iniciativa de este género y por los elogios que merece) un valor simbólico; tanto más cuanto que, desde sus mismos comienzos, tanto por lo que se refiere a sus cualidades como por lo que se refiere al tiempo, esta obra promete una regular y admirable realización. Hasta ahora se han publicado los dos primeros volúmenes del *Diccionario*: el primero, A-BALB, en febrero de 1961, con 952 páginas de gran formato en tres columnas; y el segundo, BALC-CERR, en septiembre de 1962, con 1.004 páginas, naturalmente del mismo formato y con el mismo número de columnas. En ambos volúmenes va un índice de autores citados; el primero con los citados en el primer volumen, y el segundo con los citados en ambos volúmenes. La publicación ha respetado por tanto, casi a la letra, la distancia — de dieciocho meses — anunciada para cada uno de los ocho volúmenes previstos (aunque en el dieciseisavo publicado en 1956 con las *Palabras de prueba* se anunciaba la obra en cuatro volúmenes). De modo que dentro de poco más de diez años los estudiosos podrán disponer de toda la obra.

Es bien sabido que una de las características de la lengua italiana es el tener una tradición marcadamente literaria y que uno de sus valores diferenciales es el de una igualmente marcada tradición de cultura. Y se sabe también, por otra parte, que — como por una natural oscilación de un extremo al otro — el movimiento de transformación, incluso de la misma lengua, en el proceso de integración del toscano con las peculiaridades locales de los dialectos de las demás regiones de Italia, se ha hecho cada vez más rápido en el último siglo como consecuencia, sobre todo, de la unificación política del

país; y que en los últimos decenios este proceso ha sido realmente vertiginoso. Por ello, al comprobar este irrefrenable proceso de nivelación y de unificación de la lengua, paralelo al de su igualmente irrefrenable expansión, se hacía sentir cada vez más la necesidad de un nuevo diccionario; pero de un diccionario cuyo compilador tuviera la valentía de afrontar la realidad de tantas nuevas situaciones, teniendo de ellas la debida cuenta para que la obra resultara verdaderamente un documento, y también un instrumento, del propio tiempo. Esta claridad de propósitos y esa valentía en la realización de los mismos son uno de los muchos méritos, evidentes e indiscutibles, del trabajo del prof. Battaglia, el cual, perfectamente consciente de la tarea que afrontaba (según Scaligero la tarea de compilar un diccionario es la más ardua que pueda emprender un hombre "omnes poenarum facies hic labor unus habet") ha estimado que un trabajo de este género, realizado en nuestros tiempos, debía tener en cuenta, ante todo, la advertencia de Voltaire (al que Battaglia cita en la presentación), según el cual, "un dictionnaire sans citations est un squelette"; es decir, que un diccionario debe proponerse una función dialéctica (en una relación entre definiciones y testimonios) y ha de ser "la ejemplificación de escritores y poetas, la cual reactualiza en cada momento las palabras devolviéndoles su integridad y su autenticidad".

Dentro también del espíritu de esta seriedad de documentación, el *Diccionario* se presenta como fruto de la especial sensibilidad de literato — además de investigador — del profesor Battaglia. En esta obra cada palabra vive en sí misma y en su historia; es decir, como integrante de dos elementos: la información (y ésta es la aportación del estudioso) y la representación (y ésta es la contribución del hombre de gusto). En otras palabras: podemos hablar en este caso de un diccionario en que ya no existen confines — explícitos o implícitos — entre palabras 'activas' o de uso actual, y palabras 'pasivas', o fuera de uso. Cada una de las palabras aparece con sus vicisitudes pasadas y presentes desde los escritores más primitivos hasta tantos y tantos de los escritores de nuestros días. De estos escritores contemporáneos Salvatore Battaglia hace un uso abundantísimo. Y ésta es otra de las características fundamentales, peculiares, de su obra. Resulta de todo ello que el *Diccionario* presenta verdaderas monografías de muchísimas palabras: así las quince columnas — en diecinueve párrafos — sobre la palabra *amore*, las ocho columnas — en catorce párrafos — sobre *bene*, las seis — en catorce párrafos — sobre *cambio*, las nueve — en veinticuatro párrafos — sobre *canna*; y así otras muchas, hasta las diecisiete columnas — en dieciocho párrafos — sobre *caso*. Y resulta además que, comparando este diccionario con los más conocidos y usados diariamente en Italia (desde Fanfani a Mestica y desde Rigutini a Zingarelli), se comprueba que, mientras ninguno de los arriba citados llega más allá de las cuarenta o cin-

cuenta mil palabras, éste incluye sólo en la letra A (es decir, en las primeras 919 páginas del primero de los ocho volúmenes previstos) hasta 12.934 palabras, con una documentación integrada por unas cien mil citas. Y, a propósito de citas, las comparaciones son también impresionantes. Las 153 del Vocabulario de la Crusca y las 313 del de Tommaseo para la palabra *amore* suben aquí hasta 518.

Cuanto más audaz es una innovación, mayor perplejidad suele suscitar. Ello pertenece al orden natural de las cosas. No toda la crítica menuda que se ha ocupado ya de los primeros volúmenes del *Diccionario* ha creído oportuno tener en cuenta la cautela con que Salvatore Battaglia, al “presentar y documentar la secular civilización lingüística italiana”, como él mismo escribe en la presentación, se ha propuesto dosificar lo antiguo y lo moderno con una aportación de citas que sitúen “el Diccionario en el ámbito de la literatura y de la vida”: pero sin pretender “otorgar certificado de clásicos ni de ejemplares” a ciertos escritores modernos, sino más bien con el fin de dar testimonio de la rotura de barreras y de confines que la vida moderna ha provocado en los medios con que una comunidad se expresa y se comunica. Y de estas puntualizaciones nos parece justo que tome oportunamente nota todo el que esté convencido, como lo está Battaglia, de que “la palabra, en un vocabulario, aparece, por una parte, como simple ficha de registro y, al mismo tiempo, asume en él un valor biográfico y personal, es decir, lleno de calidades y de experiencias”. En base a esta convicción, él, hombre de su tiempo, ha querido preparar un diccionario “cuyo fin principal es documentar la actual experiencia lingüística como fe en la vitalidad y poder creativo de nuestro tiempo”.

Apenas uno hojea este diccionario, se siente atraído por su sustancia lingüística, incluso en los aspectos aparentemente más modestos de la misma; y tanto más cuanto más cautivado se siente uno por su significado literario. Dedicaba Battaglia atención completa y espacio abundante incluso a las partículas y a las preposiciones, a los hechos sintácticos, a los modismos, etc., demostrando estar al día — pero no siguiéndolos sólo en forma pasiva — con todos y cada uno de los resultados de las más recientes ediciones críticas de los autores y de los últimos diccionarios etimológicos, así como con todo el material que pueda presentar alguna utilidad para tomar en consideración los neologismos.

Dentro de las lógicas limitaciones en un hombre empeñado en una empresa de excepcional dificultad hay que conceder a Battaglia un conocimiento absoluto; tanto más cuanto que, dada su apertura mental y la disponibilidad intelectual de la que ha dado prueba siempre en su fecunda actividad de estudioso, se puede suponer, sin ningún género de dudas, que no vacilará en aceptar las sugerencias que se le hayan hecho después de la publicación de los dos primeros volúmenes; y entre otras la de que sea más abundante, en lo sucesivo,

en la indicación del origen de las palabras dialectales o regionales y en la precisión de la época a que se refieren los particulares sentidos de las palabras; así como la de que sea también más abundante en la documentación de la fase setecentista de las palabras prestando la oportuna atención a los diccionarios de aquella época <sup>1</sup>. La calidad y la cantidad de las sugerencias puede corresponder perfectamente y ser directamente proporcional a la entidad y a las finalidades de este trabajo; el que, por su parte, ya desde ahora cuando está en sus principios, puede ser definido sin vacilación, como un acontecimiento de excepcional importancia en la historia de la lexicografía italiana y, como tal, puede constituir también ya desde ahora un documento de valor universal. Los estudiosos del mundo de lengua española, que están al corriente de los esfuerzos que ha exigido la preparación del *Diccionario histórico de la lengua española*, del que se ha comenzado hace pocos años la publicación, podrán darse cuenta fácilmente de todo lo dicho.

Con señorial elegancia Salvatore Battaglia, al comenzar su *Presentación* al *Dizionario* se propuso ahorrar "al benévolo lector el recuerdo de las muchas tribulaciones que hemos experimentado en la redacción de nuestro Diccionario, el cual nos ha exigido una continua prueba de entusiasmo y de abnegación, que se renueva siempre para cada uno de los volúmenes y para la redacción de cada una de las palabras". Tenía Battaglia perfecto derecho a este desahogo como lo tiene también a la admiración y a la gratitud del mundo de la cultura en general y del de la cultura romance en especial.

GIUSEPPE CARLO ROSSI.

Istituto Universitario Orientale, Napoli.

BOYD G. CARTER, *Las revistas literarias de Hispanoamérica: breve historia y contenido*. (Colección Studium, 24). México, Ediciones De Andrea, 1959. 282 págs.

El volumen que a continuación reseñamos es producto de pacientes investigaciones en bibliotecas y hemerotecas por parte del catedrático doctor Carter. El autor ha consultado cerca de 1,500 volúmenes para

<sup>1</sup> G. B. PELLEGRINI, de quien son las sugerencias arriba apuntadas (*Il "Grande dizionario della lingua italiana" di S. Battaglia*, en *Studi Mediolatini e Volgari*, vol. IX (1961), págs. 155-162), observando que las citas de Battaglia sobre la palabra *amaca* "arrancan acertadamente de Pigafetta, pero saltan luego directamente a D'Annunzio", recuerda la definición que de dicha palabra da el *Dizionario universale critico-enciclopedico* de FRANCESCO D'ALBERTI (Lucca, 1797-1805): "T. de la historia moderna. Cama suspendida de los brasileños, que es una manta atada a dos puntos fijos".